

Kóssac

*Diamantes en los
Urates*



Egor Jecnovich

Una mina de diamantes en los Urales va a ser el centro de la trama de esta aventura. Los descubridores son asesinados y al conocer el asunto «Kóssac, látigo de la estepa», decide intervenir y hacer justicia. Una banda de criminales y delincuentes al frente de la que está el mismísimo Fiscal de Uralsk, va a caer bajo su látigo y con la policía se va a encargar de eliminarlos o encarcelarlos.

Principales personajes (por orden de aparición)

hutka Valewska: Resuelve con fría serenidad una situación delicada.

ondesa Valewska: Se empeñó en asistir personalmente a la subasta de un bosque. Aquel viaje trajo consecuencias interesantes.

ilo: No se interesó bastante en el asunto hasta que vio caer la primera víctima.

Tugurov: El hombre nervioso. Sólo él conocía el paradero de las minas de diamantes. Le sobraban motivos para sentirse inquieto.

is: Era el ejecutor de los designios del «Amo», un personaje implacable y misterioso, desconocido incluso del propio Koró.

inov: El hombre de la barba hirsuta, presentía el trágico fin de la siniestra aventura.

ia: Era una mujer distinguida. Parecía una dama. Por ambición perdió el ser más querido al dejarse envolver entre las redes de la intriga.

scal: Era un anciano respetable. Difícil asunto tenía entre manos. Demasiado difícil para que lo pudiera resolver.

ayordomo del Fiscal: Era, sin duda, un hombre con doble personalidad. Un juego muy peligroso, pero le salió bien.

efe de policía: Halló la muerte por una terrible equivocación.

NOTA: Algunos de los personajes de esta novela han tenido existencia real. El autor ha adaptado su vida y sus hazañas para que no fuese posible su identificación.

CAPÍTULO PRIMERO

POR NO HABER COMPRADO UN BOSQUE

–**S**i te hubieses decidido, abuelita, y hubieses comprado aquel bosque, ahora no nos encontraríamos en un apuro tan grande.

–Mira, niña, no me tienes que dar lecciones y tampoco me gusta oír estupideces. Tú sabes que no podía comprar el bosque porque valía menos que si los árboles hubiesen sido espárragos y pedían por él tanto como si la leña fuese oro. Además, lo «otro» nada tiene que ver con el bosque.

–La fatalidad, en la sucesiva evolución... –intentó divagar Teófilo que sentía un extraño placer por las frases huecas.

–Hermanito, intelectual –cortó Machutka–, ¿quieres dejarnos solas? Además, hijo, hablas de un modo que nadie te entiende.

–¡Mujeres! –rezongó despectivo el joven mientras salía de la estancia precedido por sus gruesas gafas de oro.

–Basta de lamentos que no conducen a ninguna parte –terminó la condesa Stefanía Valewska– y veamos cómo podemos solucionar este problema.

–Que podríamos llamar «el misterio de Orenburg», ¿verdad abuela?



Unos días antes, la condesa Valewska, acompañada de sus nietos Machutka y Teófilo, se encontraba instalada en el mejor hotel de la ciudad de Orenburg, a varios centenares de *verstas* de su señorial residencia. ¿A qué se debía el largo viaje de la anciana señora? Algún motivo de muchísimo peso debía tener para abandonar su confortable mansión y lanzarse a un penoso viaje a través de la estepa. Pero nada de ello era exacto y las suposiciones eran falsas en este caso. La condesa Valewska, a pesar de su avanzada edad, no tenía el menor reparo en emprender el más dificultoso viaje, por el motivo más nimio.

Aquella dama, que había visto cerca de setenta otoños, se mantenía fuerte y enérgica, sin enfermedades ni achaques, enhiesta la cabeza, tersa la frente y recta la espalda, que ya quisieran tener muchas mujeres que aún no habían llegado al medio siglo.

Se trataba de un extensísimo bosque. Un bosque perteneciente a un conocido y poderoso señor que había fallecido sin testamento y sin herederos directos. Estaba situado cerca de Buzuluk, en la provincia de Samara, y había sido famoso tiempo atrás. La subasta, que se efectuó en Orenburg, atrajo muchísimos compradores llegados de todas partes de Rusia. Incluso había un finlandés y un mercader de Arcángel. Cuando la condesa se enteró, no quiso mandar a ninguno de sus numerosos hombres de confianza (abogados, notarios, comisionistas) sino que anunció:

—Hace por lo menos tres meses que no me muevo de casa. Iré a Orenburg para ver por mis propios ojos si el bosque es tan bueno como dicen.

Y así se hizo. Acompañada de sus dos nietos mayores, partió en el expreso Saratov-Uralsk-Orenburg, una tarde ventosa de fines de otoño.

No compró el bosque. Se había informado a fondo y, a su juicio, le pareció que no valía la pena adquirir aquellas tierras. De todas formas, asistió a la subasta, pero en cuanto oyó que se empezaba a pujar algo más allá de los cincuenta mil rublos, abandonó el local provocando fuertes bisbiseos con sus ruidosas protestas.

Por eso le decía Machutka que si hubiese adquirido el bosque no se le hubiese ocurrido, para calmar su enfado, dar un paseo por los jardines públicos. Porque, esto estaba claro, si no hubiese ido aquella mañana al parque, no hubiese conocido el traficante Tugurov, no le hubiese intrigado su conducta y en este caso...

Pero lo cierto es que fue.

–Abuela –comentó Teófilo con su acostumbrado acento doctoral–, tengo la impresión de que hemos hecho el viaje en vano y no valía la pena molestarnos...

–Te habrás molestado tú, porque a mí, excepto esta farsa ridícula de la subasta de ese cañaveral, todo me ha parecido de perlas. Claro que tendría que protestar porque el expreso parecía una oruga y porque este hotel no tiene ninguna puerta que cierre, pero, hijo, la vida es triste desde que nacemos. No, no me duele este viaje. Repito que me ha satisfecho. Viajar es rejuvenecerse.

–A mí lo único que me molesta –opinó a su vez Machutka– es el tener que ir siempre vestida de gran dama. Allí, en nuestra tierra, vistes los trajes que mejor te sientan, puedes correr, montar a caballo, cazar. Y si se pone por delante un arroyuelo o una zanja, se salta y asunto concluido. Aquí has de esperar a que te abran una puerta porque abrirla por sí misma no es correcto en una dama. ¡Tengo ya unas ansias de quitarme estas faldas!

Y estiraba con rabia las amplias y elegantes faldas de terciopelo oscuro que en numerosos pliegues le cubrían hasta los pies.

–¡Callad! ¿Qué le pasa a este hombre que viene por allí? –dijo la dama señalando un hombre que se conducía

de un modo un poco raro.

En efecto, era un hombre de unos cincuenta años que venía en dirección contraria a la de los tres forasteros. Se veía a la legua que estaba preocupado, nervioso. Avanzaba aprisa, se detenía; luego andaba lentamente, volvía a detenerse y, con frecuencia, dirigía miradas hacia todos los lados, especialmente hacia atrás.

–Este hombre está enfermo o ha bebido –opinó Teófilo.

–Yo creo que acaba de sufrir un gran disgusto –afirmó la condesa.

Pero Machutka emitió una opinión, al parecer, insólita:

–Este hombre tiene la sensación de que le persiguen.

En aquel momento, la actitud del individuo varió. Se había dado cuenta de que le observaban. Inició unos pasos rápidos hacia el grupo, como si fuese a hablarles, pero reaccionó y, tomando un sendero lateral, desapareció de su vista.

–¡Qué raro! –comentó Machutka, pero la conversación tomó otro giro.

No tardaron en dar las doce en la iglesia cercana y, como era costumbre comer muy temprano, se dirigieron al hotel.

Los visitantes habían venido acompañados de cinco criados que estaban instalados en el mismo: así no tenían necesidad de ser atendidos por la servidumbre de la casa. Era una comodidad, mejor, un lujo que sólo los grandes señores se podían permitir.

Por la noche estaban cenando en el gran comedor, cuando Machutka preguntó con impertinencia:

–Abuelita, ¿es correcto señalar con el dedo y a gritos en este local?

–Si tal cosa hicieses, es probable que nos desterrasen a Siberia.

–Pues he de hacer un gran esfuerzo para aguantarme porque en una mesa cercana, a mi derecha, está cenando

el hombre misterioso que vimos esta mañana en el parque.

–Niña, ¿dónde dices que está? Es verdad. Parece que se ha calmado un poco. Cuidado, que nos mira. Así, indiferencia, como si no le conociésemos.

El hombre, en efecto, comía apaciblemente, como si el nerviosismo de la mañana hubiese desaparecido. Casualmente su mirada y la de la condesa se cruzaron. Se detuvo la del hombre un momento y pareció reconocerla, pero siguió comiendo pausadamente.

–Hay que ver lo chismosas que sois las mujeres –comentó Teófilo sirviéndose un vaso de agua mineral.

–Abuelita, con disimulo, fíjate en el cambio que ha sufrido ahora.

Era verdad. El hombre que comía tranquilamente, parecía extremadamente nervioso. Se sirvió una copa de vino pero el vaso, al acercarse a los labios temblaba un poco. Dejando el resto de la comida en el plato, se levantó y salió del comedor con pasos precipitados.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó la condesa.

–Este hombre ha visto a alguien –opinó Machutka–, alguien que ha entrado aquí. Fijémonos, ¿quién puede ser?

El amplio local estaba lleno. Apenas se veía una mesa vacía. Entraban y salían hombres de todas cataduras y aspectos. Todos elegantes y, al parecer, ricos. Cualquiera de ellos podía ser el causante de la transformación del hombre nervioso.

–Es muy difícil determinarlo. ¿Quieres más pescado?

Lo volvieron a encontrar un par de veces más porque al día siguiente y al otro no se movieron de Orenburg. Ya que habían hecho el viaje, la condesa no quería regresar sin conocer la ciudad y los alrededores.

–Con franqueza, abuela, más que conocer la ciudad me gustaría conocer el misterio que rodea al hombre nervioso.

Una mañana, las dos mujeres se encontraban sentadas en un banco del parque tomando el sol. Teófilo había decidido pasar la mañana en una biblioteca particularmente interesante. De pronto volvieron a ver al misterioso personaje. Con dificultad disimulaba su estado de ánimo y, sin cumplido alguno, tomó asiento al lado de la condesa utilizando un sencillo: «Con permiso».

–Magnífica mañana de sol –dijo con entonación tan inexpresiva que se echaba de ver claramente que no le interesaba el sol ni la lluvia.

El hombre se mostró locuaz. Habló del tiempo y sostuvo la conversación. Las dos señoras no hubiesen tolerado la charla de un desconocido, si ambas no hubiesen tenido gran curiosidad para desentrañar la incógnita de aquel extraño personaje. Un criado que esperaba un poco más allá, era su única compañía y protección.

–A veces nos impresiona un día tranquilo y feliz, pero ¿quién sabe qué nos reserva el destino? Mi hermano murió de repente cuando se disponía a asistir a la boda de su hijo mayor. Una angina de pecho. Era fuerte como un roble, pero la muerte acecha en cualquier parte y puede llegar en el momento más inesperado.

–Por eso debemos estar siempre preparados a bien morir –comentó la condesa.

–Bien morir. La partida es lo de menos. El problema es los que quedan. Yo –añadió con aire misterioso–, tengo dos hijos.

–Le felicito –pensó la señora a quien le pareció proporcionado el aire de misterio para anunciar un hecho tan natural.

–Tengo dos hijos –repitió en voz baja– y me preocupa pensar que será de ellos si un día...

Se interrumpió bruscamente y volvióse extremadamente pálido.

Entre los árboles del extremo opuesto del sendero se veía la silueta de un hombre que se alejaba a paso rápido.

–Es usted demasiado pesimista –dijo la condesa–. Pero el hombre no la oía porque se había levantado apresuradamente y sin apenas despedirse, abandonó el parque marchando a grandes zancadas, precisamente en dirección opuesta al hombre del sendero.

–Nunca había visto un personaje tan raro –comentó la abuela–. Tengo la impresión de que está completamente loco.

–Lo estará si continúa en esa tensión nerviosa durante mucho tiempo. Ese hombre acabará mal –terminó la muchacha.

Aquella misma tarde, la condesa Stefanía dio orden a sus criados para que preparasen el equipaje pues partirían para Piterka a la mañana siguiente. El expreso para Saratov salía a las nueve de la mañana. Habían visto lo más notable de Orenburg y, desistido el empeño de adquirir el bosque, nada tenían que hacer en aquellas tierras en las estribaciones de los Urales, tan diferentes de su querida estepa.

Las horas que restaban de la luz, las emplearon en adquirir algunas chucherías para el viaje y, al anochecer, se encerraron en sus habitaciones preparando baúles y maletas.

A la hora de cenar buscaron en vano la figura del hombre nervioso; no estaba.

–Debe haberse marchado ya. Cuando no se tiene una ocupación fija, cosa que nos ha sucedido ahora a nosotras, los granitos de arena nos parecen montañas, y un individuo neurasténico nos parece un loco.

Se retiraron pronto. La tarea de colocar cuidadosamente los vestidos en el fondo de los baúles, requiere, generalmente, más tiempo del previsto. Por esto eran mucho más de las diez de la noche y aún estaban las habitaciones convertidas en un campo de Agramante. En el hotel reinaba ya un gran silencio, porque se cenaba pronto y los huéspedes se retiraban temprano.

La condesa Valewska había reservado un sector de habitaciones en el primer piso, ocupando el ala derecha del edificio. Estaban terminando con las últimas.

–Por fin, acabo de cerrar la que faltaba –exclamó la muchacha– y dirigió una ojeada a su alrededor.

–En efecto, parece que estamos en el andén de una estación. Dos baúles grandes, un baúl pequeño, cinco...

No acabó de contar los bultos que estaban distribuidos en el espacio libre de la estancia, porque se oyeron unos pasos precipitados al final del corredor... un grito ahogado...

Machutka, decidida, abrió la puerta de la habitación y se asomó al corredor. Estaba desierto y oscuro. Sólo un mechero de gas, pálido y macilento, alumbraba un extremo del mismo.

Volvieron a oírse las pisadas de alguien que corría y, de pronto, sonaron dos estampidos fortísimos.

–¡Esto son tiros! –gritó Teófilo–; ¡Cierra la puerta!

Iba a cumplir de mala gana la orden de su hermano, cuando apareció un hombre tambaleándose, aunque andaba con rapidez. La empujó, obligándola a entrar en la habitación, y cerró la puerta a sus espaldas. Dirigió una mirada de terror a su alrededor.

Era el hombre nervioso. Su semblante estaba agitado y blanco como el papel. Su mano izquierda oprimía el costado.

Machutka iba a hablar pero un gesto del hombre la detuvo. Volvióse hacia la puerta escuchando. Se oyeron unos pasos arriba y abajo del pasadizo. La condesa, sus nietos, los criados y el hombre habían quedado inmóviles y silenciosos. Los pasos se alejaron.

–Señora –hablaba con un hilo de voz–, lo que yo le decía, ha llegado. La muerte... en fin, todo aquello. No me quedan muchas horas de vida. No quiero comprometerles: huiré ahora mismo. Tome.

Le alargó un paquete del tamaño de un libro voluminoso. La condesa no alargó sus manos para recogerlo.

–Tome –insistió el otro–, no se lo regalo a usted. Es una especie de legado. Ya verá de qué se trata... no puedo seguir más. Hágalo por mis hijos. Están en el «Pensionado Catalina la Grande»; en Uralsk. Sálvelos. Y declare «esto» antes de que sea tarde.

En su rostro se dibujó una mueca de dolor. La mano que oprimía el costado estaba tinta de sangre. Con la derecha abrió la puerta y atisbo. Con gesto rápido tiró el paquete sobre la cama, salió y cerró. Se oyeron sus pasos precipitados y otra vez el silencio. Machutka abrió nuevamente la puerta pero el corredor estaba solitario, oscuro y silencioso.

Teófilo y Machutka miraron a la condesa en espera de órdenes. La señora estuvo un momento indecisa. Finalmente dijo:

–Machutka, oculta esto donde no pueda encontrarlo nadie.

–Este hombre –comentó la muchacha– se ha visto en un grave aprieto. Para robarle ésto le han matado. Lo más oportuno sería...

–He dicho que ocultes ésto. Y ordeno que no se hable más del asunto. Cuando estemos en casa, veremos de qué se trata –y salió de la estancia por la puerta de comunicación.

Teófilo la siguió lamentando las extrañas y peligrosas aventuras que puede correr un hombre pacífico, cuando alguien se empeñaba en afrontar el destino saliendo de casa.

Machutka quedó sola y ocultó cuidadosamente el paquete.

Al cabo de media hora, el hotel se convertía en una torre de Babel donde criados, mayordomos, gerentes, conserjes, policías e inspectores, subían, bajaban, tomaban

atestados, apuntaban direcciones y molestaban a todo el mundo sin acabar de poner nada en claro.

Los huéspedes comentaban el suceso en los pasillos vistiendo batines de todos colores, gorros de dormir puntiagudos o elegantes camisones de lana.

–Nada alarmante, señores, nada alarmante –explicaba un «maître» en el centro del corredor, procurando calmar la natural curiosidad de los que le rodeaban–. Un señor ha sido encontrado... accidentado... eso es, accidentado a la entrada del vestíbulo principal. Parece ser que descendía por la escalera precipitadamente y...

Machutka no quiso oír más. Se acostaron todos, señores y criados, y casi de madrugada les despertaron para que pudiesen tomar el tren.

Instalados en un lujoso departamento de primera del expreso a Saratov, Machutka, rompiendo el silencio, comentó:

–Por lo menos, esta vez no se trata de un tiro en el paladar^[1].

La condesa la fulminó con una mirada ordenándole con voz baja:

–He dicho que no quiero comentarios hasta llegar a casa. No me gustan interrupciones ni incidentes durante el viaje.

Pero no quedó completamente complacida porque hubo un incidente.

El sol se ocultaba y las primeras sombras penetraban en el vagón. Acababan de dejar la ciudad de Uralsk a sus espaldas, cuando un hombre alto, de aspecto distinguido, abrió la puerta del compartimiento:

–Perdonen ustedes, creo que hay un asiento vacío...

–Este compartimiento está reservado totalmente.

–Dispense, señora, el resto del vagón está ocupado y...

–Sí no va muy lejos, no tenemos ningún inconveniente en que viaje con nosotros.

–Me apeo en la próxima estación. Procuraré no ser molesto –y tomó asiento frente a la condesa.

Transcurrieron los minutos sin pronunciar palabra. El tren tomaba un repecho largo y difícil. El ruido de la máquina era casi ensordecedor.

–¡Oh, qué cosa más insoportable! –se quejó la condesa– ¿no hay manera de que pare este ruido?

–Antes de que haya llegado a la cumbre es imposible señora, –explicó amable el desconocido; pero añadió ya sin cumplidos–. Y creo que éste es el momento más oportuno para que me entreguen cierto paquete que me interesa de una manera extraordinaria y a ustedes no les va a ser de ningún provecho...

Teófilo se iba a incorporar, pero la manaza del desconocido se aplastó contra su pecho, tumbándolo sobre el asiento.

–Hablemos como personas distinguidas. Es inútil gritar ahora y también lo es resistirse. Denme el paquete y no se mezclen en asuntos que no conocen. Un pobre hombre perdió su vida, ¿por qué? Ustedes no saben las causas. No se mezclen; es un buen consejo. Además, el negocio no es propio de señoritas. Venga el paquete.

–¿El paquete? –fingió la condesa–. ¡Dios mío! ¡Es terrible; lo he dejado sobre la mesilla de noche... en la habitación del hotel! ¡Qué disgusto!

–Señora, es usted un poco mayor –interrumpió con cierta acritud el hombre, mientras en su rostro algunos surcos marcaban un gesto de impaciencia– ¿cree que soy un niño para pensar que dice la verdad? Venga el paquete o me veré obligado a...

Inició el gesto de buscar un arma.

Machutka se estremeció ligeramente. Teófilo no se había movido de la posición en que le dejara la manaza del desconocido. Machutka estaba bellísima con aquel vestido azul. Rimaba con sus ojos del mismo color, su cabello rubio... Tenía un aire inocente e ingenuo, pese a su aire